

EL MADROÑO

Declaración De Independencia.

Según el censo del Instituto Nacional de Estadística en el año 2007, El Madroño apenas superaba los 350 habitantes. Y sin embargo, se trata de un pueblo con una marcada idiosincrasia, que luchó por sus intereses y supo transmitir generación a generación la certeza de que debía luchar por una independencia que al fin terminaría llegando. Este es el relato de los que bien podrían haber sido protagonistas reales de una historia real que comienza en 1822.



Todo empezó hace un siglo, pero yo mantengo la memoria viva, el recuerdo fresco de todos y cada uno de los pasos que se han dado hasta llegar aquí. Al instante en que abandono la sala de plenos de la Diputación Provincial de Sevilla con una sonrisa nostálgica en la boca y con varios nombres en la cabeza. Dos especialmente, que son en realidad uno solo, el de mi abuelo y el de mi padre. Ambos Juan...

Intento imaginar cómo se sentirían ellos, cómo reaccionarían ellos, qué harían si estuvieran en mi lugar. Pienso en el primero, en cómo se sentaba en las rodillas de su padre, cuando sólo era un niño, para que le explicara de nuevo cómo iban a cambiar las cosas. Todo será mejor. La gente será más feliz, la vida será más sencilla, más fácil en

El Madroño cuando nos convirtamos en un pueblo, también frente a la administración. Pero mi abuelo no entendía nada. No aún; siendo todavía un niño no sabía de independencias ni de segregaciones. Y sin embargo le gustaba escuchar a su padre, le gustaba cómo le brillaban los ojos cuando llegaba de reunirse con el aquel entonces Alcalde pedáneo (un viejo amigo de infancia). Conversaciones que duraban toda la tarde y en las que decidían si hacer o no hacer, cómo hacerlo en caso de que así se acordase, de la mano de quién, con qué argumentos, a qué instancias apelar. Complejas decisiones, complejas palabras que a mi abuelo le llegaban como de lejos cuando su padre empezó a llevárselo consigo. Riego ha entrado triunfante en Sevilla. Ahora es un buen momento, decía mi bisabuelo, contagiando al resto, y apoyado, cómo no, por su buen amigo y alcalde de El Madroño.

Las palabras fueron tomando forma poco a poco, hasta al fin materializarse en un documento en el año 1822. Una instancia presentada ante la Diputación Provincial de Sevilla y en la que se solicitaba el reconocimiento de la condición de El Madroño como municipio de derecho. Se daba así el primer paso de un camino que tardaría un siglo en recorrerse. Un siglo. Cien años. No parecen muchos cuando ya han pasado. Pero en este tiempo han cabido muchas cosas.

Aquella primera segregación, al menos administrativa, de El Madroño duró poco. En su momento se hizo al amparo de los aires liberales que soplaron por aquel entonces en España. Vientos favorables que, sin embargo, decayeron pronto. Mi abuelo, que seguía siendo un niño, recordaba como una noche su padre y el alcalde pedáneo se reunieron en su casa con otros vecinos del pueblo. Podría haber sido uno de esos encuentros a los que ya estaba tan habituado a no ser por los rostros preocupados, por los ojos muy abiertos, como alerta. Con los que todos los convocados se presentaron aquella noche. Se espera el regreso de Fernando, y eso podría echar a perder lo que con tanto esfuerzo hemos conseguido.

Fernando no era otro que el rey Fernando VII. Efectivamente, la vuelta del monarca supuso también la del absolutismo. De esta época, lo que más recordaba mi abuelo, me lo contó él mismo, era el repicar de las campanas de la Iglesia de San Blas. El sonido fuerte, constante y metálico que se ordenó para que todos los vecinos tuvieran claro cómo quedaban las cosas. No fue fácil contener al alcalde pedáneo que enfadado con lo ocurrido desarrolló un singular mal carácter que no conseguiría soltar al menos en varios meses. Fue mi bisabuelo quien lo calmó, quien se sentó a su lado para explicarle que de nada serviría su enojo y que El Madroño tendría su momento, si no antes, sería después. Y fueron sus palabras acertadas pues, efectivamente, nuestra aldea tendría una nueva oportunidad 63 años más tarde.

Todo esto lo recuerdo como si fuera yo quien lo hubiera presenciado, lo prometo. Y hoy no puedo sino sentir una gran admiración por aquellas gentes que desde aquel rincón tan pequeño de la provincia de Sevilla encontraron un hueco para el inconformismo, para los sueños y para la esperanza.

En 1901 yo ya estaba en el mundo. Era un muchacho, algo ingenuo todavía, pero que ya había escuchado relatar mil veces la historia de El Madroño. Mi abuelo había dejado de ser un niño y se había convertido en un anciano de piernas cansadas pero de mente despierta, que por desgracia nos dejó ese mismo año en la víspera de Reyes. Era mi padre el que había heredado su pasión independentista y el que aguardaba aquella nueva

oportunidad de la que un día le había hablado su padre y que ahora él me transmitía con el mismo entusiasmo, con la misma esperanza.

12,750 kilómetros. Cada uno de ellos son nuestros ases, escuché una tarde decir a mi padre. Hablaba con otros compañeros de causa. Esa era la distancia que había entre El Castillo de las Guardas y la aldea de Villagordo la más cercana de todas las que, como El Madroño, buscaban independizarse de El Castillo: El Álamo, Juan Antón, Juan Gallegos, Villagordo y Los Bernales. Lo que mi padre y el resto de vecinos pretendían alegar era la larga distancia que separa a estas poblaciones del municipio del que dependían, complicados caminos que había que recorrer, aún más complicados en tiempos de lluvia. Una excesiva incomodidad que empezaba a serlo también para el propio municipio que nos regía por aquel entonces, al que empezaba a no parecerle tan mala idea que aquel conjunto de aldeas se independizaran y se gestionaran a sí mismas. Así que así se hicieron las cosas. Se informó al Gobernador Civil, se detallaron nuestros nuevos motivos en un documento cuyo borrador se preparó en mi propia casa, mientras mi madre (mujer tranquila a la que preocupaba siempre las faenas independentistas en las que andaba mi padre) miraba hacia otro lado. Fue en el mes de marzo cuando parecía que todo quedaría, al fin, bien atado para nuestra independencia si otros intereses no se hubieran interpuesto en ella.

Mi padre nunca quiso darme los detalles. Prefiero no darte los detalles, me dijo, prefiero que no sepas, prefiero mantenerte al margen de todo esto para que tu lucha, tu trabajo constante por la independencia de El Madroño no se ensucie con nada. No sé entonces qué sucedió realmente. Pero lo que fuera que ocurriera lo dejó abatido, triste, con pocas fuerzas. Quizá por eso no quiso decirme nada, para no contagiarme de aquel pesimismo que ya siempre lo acompañaría, aunque él tratara con todas sus fuerzas de que ni mi madre ni yo lo viéramos.

De alguna forma, tan decepcionado como llegó, aquella noche mi padre me entregó el relevo de su afán independentista. Yo era apenas un muchacho pero conocía bien la historia de El Madroño, conocía bien lo que el padre de mi padre y aún antes su abuelo habían hecho por aquel rincón serrano. Y sobre todo conocía lo que mi bisabuelo había repetido una y otra vez al que fuera su mejor amigo y alcalde pedáneo en más de una ocasión: que este pueblo tendría una nueva oportunidad. Antes o después, habían sido sus palabras hacía ya casi un siglo. Y esas mismas las había repetido mi abuelo y también se las había escuchado decir a mi padre. Antes o después, como si se tratara de una insignia, de un lema al que aferrarnos. Pero no sólo había sucedido en mi casa. La generación de 'juanes' a la que yo pertenecía no era la única que había transmitido de padres a hijos el deseo independentista de El Madroño. Yo había crecido con amigos que no perdían de vista esa posibilidad, que contaban con ella, que aguardaban la ocasión para, esta vez, hacerlo todo impecable. Amigos cuyos padres habían trabajado con el mío en esta causa, al igual que nuestros abuelos y los padres de éstos. El pueblo de El Madroño supo ser paciente y el paso de los años no consiguió erradicar su ansia de independencia. Al contrario. La mantuvo ahí, latente. 'Antes o después'.

En el invierno de 1920 alguien llamó a mi puerta. Las cosas habían cambiado mucho. Ya entonces estaba casado y vivía en una pequeña casita en El Madroño, muy cerca de la de mis padres, en la que tras su fallecimiento (mi madre primero, y mi padre después, de tristeza, casi, o eso dijeron, o eso pensaba yo mismo) me era imposible vivir.

Tras echar un vistazo por la ventana (ya era tarde para que nadie anduviera llamando a ninguna puerta) abrí a mi viejo amigo Carlos que entró como siempre, nervioso, tartamudo casi de la impaciencia que le trababa la lengua. Tenemos que hablar. Claro, dime, qué ha pasado. Los ingleses, quieren suprimir la estación del Jarama. Los ingleses a los que se refería mi buen amigo eran los de la Rio Tinto Company Limited que dirigían y aún hoy lo hacen las minas de Riotinto, y la del Jarama es una de las estaciones de su famoso ferrocarril el que cruza casi toda Huelva y hace posible la actividad minera y también hace posible que a El Madroño lleguen algunos productos y mercancías imprescindibles para la población. Todos los precios se encarecerán, será la ruina para los pequeños agricultores y comerciantes que vamos tirando aquí, en El Madroño. Hace sólo unos meses que Carlos y yo, junto con otros vecinos que compartían nuestras preocupaciones, fuimos a ver al alcalde pedáneo.

Había que hacer algo. Sé muy bien qué podría pasar, no hago otra cosa que pensar en ello desde que supe la noticia, por eso he solicitado un encuentro con el director de las minas, tendrá que escucharnos... Y sí, dijo el edil adelantándose a nuestros ruegos, podéis acompañarme. No me vendrá mal un poco de ayuda.

Fue tan sencillo como eso. Aquel nuevo inconveniente al que tenía que hacer frente El Madroño sacó a flote la idea de la independencia. A todos estos envites haremos mejor frente, con más autoridad siendo un municipio. Esa fue la frase que lo resumió todo.

Hoy es 27 de mayo de 1921. Ya ha pasado un siglo. Caminaba hacía un rato por el pasillo de la Diputación Provincial de Sevilla, donde la Asamblea acaba de aprobar nuestro expediente de independencia. La sesión apenas ha durado 20 minutos. El Madroño es ya un municipio con capacidad para regirse a sí mismo y tiene por delante un largo camino. Pero todavía hoy no pienso en eso. Ahora pienso en mis padres, en mi abuelo y en el padre de éste. En cómo les hubiera gustado tener la oportunidad de vivir esto en primera persona, de estar en este lugar en el que yo ahora me encuentro y que cada uno le fuera diciendo al otro, ¿lo ves? Sólo era cuestión de tiempo.

A modo de epílogo.

El 1 de julio de 1921 quedó constituido el nuevo Ayuntamiento de El Madroño al que quedaron adscritas el resto de aldeas que participaron en la independencia con respecto a El Castillo de las Guardas: El Álamo, Juan Antón, Villagordo, Juan Gallego y Los Bernales. En los meses que siguieron a aquellos días se estableció el reparto de bienes por parte de El Castillo de las Guardas estableciéndose cuál sería la casa del maestro (situada entonces en la calle Larga de El Madroño); así como la escuela, el edificio que ejercería de cárcel o la parcela para el cementerio. Hoy El Madroño se extiende en una superficie de 103 kilómetros cuadrados y las citadas aldeas siguen perteneciendo a su Ayuntamiento.

Del libro "HISTORIAS Y LEYENDAS DEL CORREDOR DE LA PLATA" editado por el G.D.R. "Corredor de la Plata". www.corredordelaplata.org